

de pensar no deja de existir aun cuando no se halle en ejercicio. Es, pues, una verdad de hecho que el Hombre disfruta una extensa existencia, porque siente, y porque percibe que siente; es decir, hay en él una acción que se rehace sobre él mismo; siente el reflejo de las sensaciones y de ellas deduce su existencia; pero este acto, secundario de las reacciones, es posterior á las sensaciones á que solo se halla limitado el bruto, y estas dos partes de una misma causa deben distinguirse con exactitud. Ambas fueron reconocidas por los filósofos; pero los unos espiritualizándolas con exceso presentaron campo á los otros para materializarlas todas. Por esta causa todas las pasiones, todas las afecciones morales se vieron confundidas con los instintos y con las facultades del alma: el amor, los celos, el miedo, la tristeza, la alegría, los apetitos todos, el patriotismo, el amor propio, el amor de gloria, los afectos aun religiosos, la idea de justicia, la conciencia y la virtud misma se presentaron en un mismo cuadro, y la dignidad del Hombre fue rebajada hasta el punto de desconocerse. Y como de los exclusivos sistemas se han deducido consecuencias muy aventuradas; creo importante recorrer ligeramente las bases de aquellos que intentan erigirse sobre los conocimientos fisiológicos.

Cabanis y Broussais, hijos de una misma escuela, queriendo reconocer la diferencia entre el principio moral y el principio físico, en vez de aclarar esta materia tan controvertible, en vez de ilustrar la filosofía del Hombre y de utilizarse de su inmenso saber para conducir la especie humana á un grado posible de perfección que engrandeciese su existencia, han abierto profundas llagas en el corazón de la sociedad que solo pueden cicatrizar el tiempo, la sana filosofía y la constancia de los hombres interesados en que vuelvan al buen camino aquellos que han sido seducidos por unas aparentes verdades que no me atreveré á calificar. Manejando diestramente las palabras *físico, instinto, pasiones, inteligencia y sensación*, se camina de lo cierto á lo dudoso, de aquí á lo hipotético, concluyendo por admitir que en el Hombre todo tiene una misma causa, un mismo origen, y que las mas elevadas funciones del pensamiento se elaboran en el encéfalo, como los alimentos en el estómago: ¿á qué, pues, usar de estas palabras seductoras; y por qué no se dice con franqueza que la razón, el pensamiento, la conciencia, la moral y todas sus consecuencias son una misma cosa? ¿A qué, pues, esos nombres? ¿A qué esos santos apóstrofes que se maldicen luego protestando la experiencia y la observación? «Las relaciones é influencias de lo moral sobre lo físico deben fijar la atención de los observadores, y herir con sorpresa las imaginaciones mas vivas y fuertes escitando el entusiasmo de las almas sensibles: nada es efectivamente mas digno de admiración. ¿Quién no ha pagado mil veces este justo tributo á la naturaleza? ¿Quién podría permanecer inmóvil y frío al aspecto de tantas bellezas como presenta sin cesar ante nuestra vista, y que derrama á nuestro alrededor con tan sabia profusión?» Este sublime lenguaje, ¿puede ser el de un filósofo, que de su doctrina deduce que el pensamiento y la moral son al organismo lo que son á este mismo el calor animal, el quilo y la bilis? ¿Cuál es, pues, esa influencia recíproca tan ponderada? Estudie en buen hora la relación é influencia de los órganos sobre los órganos, pero no se interponga la palabra moral y entendimiento cuando se supone que son una cosa idéntica. Admitiendo tan solo lo puramente orgánico tuvo que dejar en blanco una parte de su obra, que solo pudiera cubrir con el estudio del estado orgánico cerebral, su órgano del pensamiento. Y no se crea que desconozco las vindicaciones de su doctrina, ni el honroso panegírico que de él hacen los autores de

contrarias doctrinas, porque yo no juzgo con Droy, cuyo saber respeto, de los escritores públicos por su vida privada, sino por las consecuencias de sus doctrinas; porque si Epicuro fue un buen ciudadano y un buen amigo, el ejemplo de sus virtudes cívicas no ha producido tanto bien á la sociedad como males ha causado su sistema filosófico; pero volvamos á nuestro objeto. Estas páginas en blanco las intentó llenar despues Broussais: y no podia ciertamente encargarse de hacerlo ingenio alguno mas capaz. Tomando su defensa para vindicarlo de la crítica de los psicólogos, no hace mas que cambiar la palabra sensación en otra equivalente: oigámoslo para formar solo una pequeña idea de su doctrina. «Los psicólogos modernos han criticado agriamente á Cabanis por haber fijado las pasiones en las vísceras; y ellos los han arbitrariamente colocado, los unos en el alma, á la cual no han podido jamás señalar atributos ni lugar, los otros en la carne que han visto con tanta vaguedad que nadie ha podido comprenderlos; resultando de sus disertaciones que las pasiones son entidades indefinidas é indefinibles cuyo asiento se ignora y que se refieren al alma. Según su modo de ver, ó las pasiones están en la carne, en la sangre y en los nervios, ó no: si lo primero, piensan como Cabanis; pero si ellas vagan indeterminadas, ¿por qué ese lenguaje insignificante que las coloca en el corazón?... Numerosos hechos dice en otra parte, inquiridos por la experiencia, y que no pueden venir de otro origen, establecen indudablemente que todas las facultades del Hombre son adherentes á su encéfalo; que nacen, crecen, se alteran, se disminuyen, se aumentan ó destruyen con este instrumento material.... Vivimos por la escitación, por ella pensamos, sufrimos, gozamos, deseamos, queremos y obramos... Las escitaciones producen irritación, y desde este momento nuestras facultades instintivas, sentimentales, intelectuales, en una palabra, nuestra moral cambia del todo.» Muy hábil es sin duda nuestro fisiólogo para reducirlo todo á la materia: él era sin duda el único que se hallaba con la capacidad necesaria para continuar el trabajo de Cabanis, pero ambos á dos, y con ellos los psicólogos exclusivos, se equivocan cuando intentan abrazar los unos el único concepto material, y los otros la inteligencia absoluta, confundiendo todos esos afectos vehementes, esos deseos que seducen, esas sensaciones que arrastran y esas facultades, en fin, que todo lo dominan. Vieron los unos que un mal estado del hígado producía la hipocondría, que los prolongados padecimientos del estómago conducían á la melancolía, que la afección del sistema nervioso hacia al Hombre irritable, que la gran cantidad de alimentos entorpecía el entendimiento, que el café lo escitaba, que las heridas ó las lesiones del encéfalo alteraban la razón, y en fin que los condimentos estimulantes escitaban los apetitos orgánicos y dedujeron que nada mas habia en el Hombre que órganos y escitantes orgánicos que á su vez originaban las pasiones y el entendimiento. Los otros abstrayéndose del organismo solo vieron el principio inteligente *sintiendo, pensando y queriendo*; y ambos hallaron en el sistema á que hacían oposición armas poderosas para sostener una lucha á muerte. Las funciones físicas con todos los actos que de ellas dependen, pueden ejercerse sin que la facultad de pensar ni el principio inteligente tome la menor parte en sus actos. El alma es tambien independiente: verdad que, como dice un filósofo, debe admitirse sin esplicación como se admite el poder soporífero del opio y la virtud vomitiva del emético. Que los actos orgánicos se ejercen con independencia de la voluntad intelectual no necesita probarse, pues que el Bruto y el Hombre mismo obedece á las sensaciones orgánicas que le inspiran necesidades ó deseos, sin que para ello consulte la ra-